

KÖLNER BEITRÄGE ZUR LATEINAMERIKA-FORSCHUNG

Herausgegeben von Christian Wentzlaff-Eggebert und Martín Traine

La voz del pueblo en el espacio cultural europeo: El pueblo y su identidad

editado por Christian Wentzlaff-Eggebert

Universidad de Colonia

Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina

Universität zu Köln

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika

La voz del pueblo en el espacio cultural europeo: El pueblo y su identidad

Contribuciones de Christian Wentzlaff-Eggebert, Alfredo Crespo Borrallo, Barbara Hagg-Huglo, Cándido Martín, Antonio Martínez González, Mario Garvín, Gloria Chicote, Antonio Frías Delgado, Antonio Tordera, David Porcel Bueno, Sofía Barrón, Javier Lluch-Prats, R. Sergio Balches Arenas, Marina Bianchi, Enrico Lodi, Gonzalo Aguila, Ewa Stala, Daniela Marcheschi y Facundo Tomás.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de los autores. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Programm für
lebenslanges
Lernen

DAAD

Deutscher Akademischer Austausch Dienst
German Academic Exchange Service

Köln / Colonia 2015

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika
Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina
Albertus-Magnus-Platz
50923 Köln

ISSN 1438-6887

Redacción: Marja Nalesinski

MARIO GARVIN: EL PUEBLO Y LOS LIBROS: PRÁCTICAS DE APROPIACIÓN E INTENCIÓN EDITORIAL

Abstract:

Common people and books seem to be opposed terms. On the one hand books are usually the symbol of culture; on the other hand the culture of the *Volk* did not used to be a literate one. This article reviews the relation between both terms from the 16th to the 19th Century and shows that it is not possible to separate both terms, because the different ways of appropriation allow people to 'read' books in many different ways.

Los dos conceptos que forman el título parecen ser conceptos antagónicos, pertenecientes a dos mundos distintos, mundos paralelos, coexistentes, pero con apenas contactos entre ellos: por un lado el mundo letrado, del que el libro como objeto cultural es representante por excelencia; por otro, el pueblo, iletrado, de cultura oral, de cultura *propia*.

Esta concepción estanca y separativa es deudora de la visión romántica del pueblo y también del folklore como ciencia, que a partir de las primeras décadas del XIX intentará rescatar la cultura popular, dando por supuesto "que los únicos testimonios verdaderamente fiables de las tradiciones poéticas del pueblo había que encontrarlos en su mismo ámbito y en la misma materialidad en que habían sobrevivido a lo largo de los siglos"¹, es decir, en su oralidad, en su voz constitutiva². La idea básica de que la literatura del pueblo era una literatura oral se basaba fundamentalmente en las ideas románticas del *pueblo poeta*; otros datos, con todo, parecían confirmar esta intuición: la alfabetización era tan mínima que la producción, difusión y recepción de esa literatura debía seguir necesariamente cauces distintos a los de la cultura letrada.

En todo ello, sin embargo, había un factor que no encajaba. Los propios románticos alemanes, al interesarse por la *Naturpoesie*, cuya representación más pura podía encontrarse— según creían — especialmente en España, habían desenterrado del olvido ciertos impresos, en especial pliegos sueltos. Estos eruditos románticos los trataron únicamente como soporte de una *Naturpoesie* especialmente rica como era la española, sin ir más allá.

¹ Cátedra, Pedro M.: Invención, difusión y recepción de la literatura popular impresa (Siglo XVI). Mérida: Editora regional de Extremadura, 2002., p.17.

² Me ocupé de ello en el curso anterior, celebrado en Colonia: Garvin, Mario: "Montesquieu, Rousseau, Herder. De las teorías climáticas a la voz del pueblo como factor constitutivo", en prensa.

Ofrecieron, sin embargo – y sin ser plenamente conscientes de ello, una base bibliográfica mínima que aumentaría notablemente en la centuria siguiente. Ya durante el siglo XX, los posteriores estudios fueron descubriendo, para el siglo XVI, cada vez más y más de esos impresos. La inmensa mayoría de los que existieron hemos de darla por perdida dadas las condiciones materiales y de uso de los propios impresos, pero los datos que podemos reconstruir nos dan una imagen que no concuerda con la supuesta separación entre pueblo y materiales impresos. Para una población estimada de unos ocho millones de habitantes, se calcula que – en el siglo XVI – se imprimieron y distribuyeron aproximadamente un millón y medio de pliegos sueltos. La paradoja es solamente aparente: durante el primer siglo de la imprenta, estos impresos no se dirigían a un público concreto, no tenía en cuenta, como escribió García de Enterría "una clase específica de lectores sino un público todavía homogéneo e indiferenciado"³. Esto implica que lo que variaba, aquí, no era el público al que se destinaba un impreso determinado, sino los modos de apropiación a los que el impreso era sometido por parte de los diversos grupos. La distinción entre "lo masivo, lo elitista y lo popular" como señala Godzich no estaba pues basada en "las propiedades formales inherentes de los artefactos culturales sino en los modelos de recepción y uso de esos artefactos"⁴. Este público del primer siglo pues "leería" o, mejor, se apropiaría de esos impresos de modo muy diverso. En esta fase, el pueblo no puede separarse del *libro*⁵.

A finales del siglo XVI, sin embargo, varios factores, provocan que el pliego suelto deje de contener los materiales que lo habían caracterizado a lo largo del siglo anterior. La fuerte crisis en la que se halla la imprenta española en esos momentos, conlleva que los impresores intenten ensanchar en la medida de lo posible no ya su público⁶, sino su catálogo de producción. Los pliegos sueltos comienzan así a incluir preferentemente composiciones más triviales, como por ejemplo romances de ciego o poemas de bandoleros, temas religiosos, milagrosos, etc.⁷. Es entonces también cuando aparecen las famosas "relaciones de sucesos", relaciones

³ García de Enterría, María Cruz: *Literaturas marginadas*. Madrid: Ed. Playor, 1983, p.33

⁴ Godzich, Wlad: "Cultura popular e historia de la literatura española", en: *Teoría de la literatura y crítica de la cultura*. Madrid & Valencia, Universitat de València, pp.90-116, p.100

⁵ Nótese que en estas primeras páginas empleo 'libro' en su sentido más amplio de impreso. A falta de una definición oficial más satisfactoria, engloba pues tanto las obras encuadradas de numerosas páginas – tal la comprensión actual – como las menudencias del quinientos.

⁶ Cf. Cruickshank, Donald W.: "Literature and the Book Trade in the Golden Age Spain", *Modern Language Review*, 73, 1978, pp. 799-824., quien habla de "abastecer a un público menos 'literario' y menos culto", p.809.

⁷ *Idem*, p.111

"verdaderas" centradas en temas preferentemente truculentos , "espantables terremotos" y deformidades varias, a la vez que proliferan los almanaques, los calendarios y otro tipo de impresos menores, de fácil producción. Puede decirse pues que "al mismo tiempo en que la novela empezó a tener en cuenta la diversidad de destinatarios, la literatura de pliego empezó a dirigirse a un lector de clase, invirtiendo así el proceso que la había caracterizado a lo largo de la mayor parte del siglo XVI"⁸

Por supuesto, tampoco en el caso de estos impresos la apropiación sería a través de una lectura directa como la entendemos hoy, sino mediante diversas prácticas que van desde una lectura preferencialmente visual hasta las diversas formas de lectura en voz alta y colectiva. Lo que resulta interesante es comprobar como, desde este momento hasta el siglo XIX, estos impresos menores condicionarán la identidad colectiva comúnmente llamada *pueblo*: reducido el público destinatario de estos impresos a las clases más bajas, se crean toda una serie de elementos y usos comunes que acaban definiendo esa identidad. Hablo aquí unas determinadas formas de venta, de redes particulares de distribución, lo que en francés se denomina *colportage*, con unos actores concretos, como puedan ser el ciego; de elementos visuales – fragmentarismo, presencia de imágenes, determinados formatos y hasta determinadas letrerías, a veces incluso, como en la *bibliothèque bleue*, el color de la portada editorial – y también, finalmente, de contenidos y temas – crímenes, milagros, temática religiosa, determinados esquemas narrativos, etc.. – que pasarán a formar parte del instrumental de construcción identitaria de lo "popular", y del que se servirán tanto las clases dominantes como el propio pueblo.

Evolución semántica

Al mismo tiempo, a lo largo de todo este periodo – desde mediados del XVIII hasta mediados del XIX – el concepto de "pueblo" experimenta un cambio sustancial: en el paso del Antiguo al Nuevo Régimen, puede constatarse "un desplazamiento de los márgenes del vocabulario político y social hacia el centro mismo del discurso político, un espacio que no abandonará ya en todo el siglo XIX"⁹. Este tránsito implica también que cada vez sean más quienes hacen uso de él para sus propios fines, de suerte que al acercarnos a estos usos se constata la imposibilidad de hablar de un único significado. Visto desde fuera, este hecho podría parecer desalentador; creo, sin embargo, que la esencia del concepto reside precisamente en esta pluralidad semántica.

⁸ Idem,p.110

⁹ Fuentes, Juan Francisco: "Pueblo ", en: J. Fernández Sebastián (ed.): Diccionario político y social del mundo iberoamericano: la era de las revoluciones, 1750 - 1850. Madrid, Fundación Carolina, pp.1190-1202., p.1190.

Durante este periodo, el concepto de "pueblo" aúna tres esferas semánticas más o menos diferenciadas¹⁰. Por un lado, el concepto se usa para definir a los miembros de determinadas clases sociales, preferentemente "bajas"; al mismo tiempo, frente a este uso social, "pueblo" se usa también desde una esfera política como sujeto legitimador de determinadas perspectivas ideológicas y políticas. Finalmente, existe también una tercera dimensión del término que podría denominarse "moral", por la cual el pueblo se comprende como el depositario de una serie de cualidades y defectos. Estas tres esferas se conjugan de manera diversa dependiendo de quienes hagan uso de ellas o, más concretamente, de los propósitos con que se haga uso del concepto de "pueblo". De ese uso y abuso dependerá, por ejemplo, cuáles sean las virtudes y los vicios que se atribuyan al pueblo, cuáles las perspectivas que se desean legitimar y qué clases se contemplen como pertenecientes o no a este grupo. Al mismo tiempo, "pueblo" es también un concepto en la historia, un concepto sumido en el tiempo y relacionado con otras esferas, de modo que su evolución va íntimamente ligada a la evolución de conceptos relacionados – como por ejemplo Nación –.

Este es un esquema de significaciones. Como tal supone sin duda una simplificación, pero puede resultar muy útil para comprender la evolución y uso del concepto en las diversas fases de su existencia. En la segunda mitad del siglo XVIII, el empleo de "pueblo" a nivel político viene condicionado por el uso que hace Montesquieu del *esprit de la nation*. En su obra *Del espíritu de las leyes* (1748)¹¹, Montesquieu propone este concepto para fundamentar su teoría iusfilosófica. El legislador, viene a decir Montesquieu, no puede crear de forma arbitraria las leyes que rigen una nación; para crearlas, el legislador debe tener en cuenta una serie de factores, como clima, densidad de población, etc., pero también "acomodarse al espíritu de la nación siempre que no sea contrario a los principios del Gobierno, pues nada hacemos mejor que aquello que hacemos libremente y dejándonos llevar por nuestro carácter natural"¹². Esta esfera política convive con una consideración moral ambivalente por parte de las élites ilustradas. Por un lado, existe una visión positiva de "pueblo": el pueblo es irracional, y por tanto sumiso, fácilmente domable y trabajador, lo que lleva a Antonio de Campmany a escribir en 1778 que "es una clase con el noble destino de dar subsistencia a todas". Por otro lado,

¹⁰ Sigo aquí esencialmente el trabajo mencionado en la nota anterior. Complétese, sin embargo, con Fuentes, Juan Francisco: "Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: una comparación entre y Francia", *Historia contemporánea*, 28, 2004, pp. 95-110.

¹¹ Hay numerosas ediciones españolas. Manejo, por comodidad, Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, Madrid, Orbis, 1984.

¹² Montesquieu, *op.cit.*, Libro XIX, cap. 5, pág.253.

sin embargo, ese mismo carácter irracional lo hace imprevisible, violento, supersticioso e ignorante, lo que crea cierta inquietud en las clases dominantes. Esta visión permite explicar una evolución semántica que se hace patente en los Diccionarios. Si en 1737, "pueblo" según se recoge en el *Diccionario de Autoridades* "tanto quiere decir ayuntamiento de gentes de todas maneras, como de aquella tierra dó se llegan"¹³, en 1790, "Pueblo" se ha separado en el *Diccionario de la Real Academia* en dos acepciones distintas: por un lado "el conjunto de gentes que habitan el lugar" (populus) y por otro "la gente común u ordinaria de alguna ciudad o población, a distinción de los nobles" (plebs, vulgus)¹⁴.

Con la entrada del siglo XIX, la invasión francesa originó en España un auge del sentimiento nacionalista que provocó a su vez un creciente interés en el pueblo por parte de los grupos de poder. Se perfilan básicamente dos discursos en torno a este concepto: uno de talante más conservador, dentro del cual se incluirían los absolutistas, y otro liberal. En el seno del discurso conservador, hubos dos posturas enfrentadas. En algunos, los hechos acaecidos tras el Levantamiento del dos de mayo de 1808 promovieron concepciones holísticas, integradoras, en los que el pueblo eran todos los miembros de la sociedad; en otros, dominaba la visión más tradicional del pueblo campesino y fiel al trono que en parte refleja la definición de la Academia y que fue la que acabó triunfando. El discurso liberal, por su parte, tendió a privilegiar las clases populares urbanas, ya que éstas se hallaban más próximas social y culturalmente a las ideas que defendía el liberalismo.

A partir de este momento y a lo largo de las dos o tres décadas posteriores, los discursos en torno al concepto de pueblo se fragmentan y se vuelven contradictorios. La Restauración absolutista provocó, por un lado, que el absolutismo y los sectores más conservadores reivindicasen al pueblo desde una perspectiva moral que lo convertía en sencillo y bueno por naturaleza, y, por ello, en contrario a la Revolución; en el sector liberal, por otro lado, la Restauración conllevó un cierto desencanto para con el "pueblo": afloraron de nuevo viejos prejuicios ilustrados y cuajó la idea de que el pueblo no era tan capaz como la Constitución de Cádiz había

¹³ Diccionario de Autoridades, 1737, TomoV.

¹⁴ Téngase en cuenta, sin embargo, que "aunque la definición académica se mantenga inalterable desde principios de siglo, el concepto venía registrando una progresiva modificación y ampliación de su significado, fruto de la influencia de las ideas ilustradas y de las propias transformaciones internas de la sociedad del Antiguo Régimen."p.1291. En 1837 aparece por primera vez la acepción de "nación" por "conjunto de pueblos". Finalmente, en 1884 aparece por última vez a referencia a la nobleza y en 1899 ha desaparecido cualquier referencia a "vulgus, plebs" y aparece como definición "gente común y humilde de una población".

querido crear. Este desencanto tiene para el concepto de "pueblo" una consecuencia semántica inmediata: muchos de sus los elementos constitutivos fluyen en el transcurso de la Primera Guerra Carlista (1883-1840) hacia otras realidades sociales que formarán parte ineludible del vocabulario político y social del siglo XIX y principios del XX y en las que los discursos políticos liberales buscaban al sujeto de la revolución; me refiero, por ejemplo, a clases o masas obreras, jornaleras, trabajadoras y también proletariado.

Aparición de la esfera pública.

Al producirse este desplazamiento semántico, el concepto de pueblo se acerca mucho a otro con el que está etimológicamente relacionado y que será casi igual de decisivo para el desarrollo de la literatura: el concepto de público, entendido no como 'espectador' sino como "esfera pública", como una entidad activa en determinados procesos de recepción, lo que en alemán se denomina *Öffentlichkeit* y de cuya historia se ocupó Jürgen Habermas¹⁵. De importancia decisiva en este proceso es el cambio que se produce en el momento en que la subjetividad adquiere un lugar propio en la valoración estética. Hasta finales del XVIII, las reglas classicistas le habían negado tal estatus, pero a partir de ahora, sus máximas metafísicas irán siendo sustituidas progresivamente por el valor del juicio particular o, como lo denomina Kant en su *Crítica del juicio* (*Kritik der Urteilskraft*, 1790), el juicio estético. Esta subjetividad, sin embargo, no debe ser malinterpretada - no es un *sobre gustos no hay nada escrito*: la validez de un juicio estético venía dada por la capacidad de percibir lo que Kant definía como "lo bello", una capacidad que, en principio, cualquiera es capaz de desarrollar si recibe la formación adecuada. Otra cosa muy distinta, sin embargo, es que ésta sea una meta que se quiera lograr. Como ya hemos mencionado, uno de los temores respecto al pueblo más extendidos a finales del siglo XVIII era aquel que tenía que ver con su carácter irracional. Este temor se fundamenta en la ambivalencia de este carácter: por un lado, lo hace sumiso y óptimo para el trabajo, pero, al mismo tiempo, lo convierte en propenso para la violencia. Las élites ilustradas desarrollarán frente a él una especie de *lástima* o *pena* que encuentra su expresión en determinadas reformas sociales y un cierto acceso a la educación. Existe, con todo, la profunda convicción de que una generalización incontrolada del saber podría tener como consecuencia que el pueblo abandonara esas tareas productivas en las que se fundamentaba, de hecho, la sociedad ilustrada. Es por ello que pensadores como Jovellanos escribirán que las primeras letras serán la única formación que

¹⁵ Habermas, Jürgen: *Strukturwandel der Öffentlichkeit*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1990.

"querrá o podrá recibir la gran masa"¹⁶ o de manera más expresiva, Pablo de Olavide, quien al diseñar el Plan de Estudios para la Universidad de Sevilla, escribió: "no conviene al Estado que se dediquen los pobres a las letras, sino que sigan la profesión de sus padres"¹⁷.

Entre finales del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX, sin embargo, se producen una serie de cambios en el mundo de la cultura impresa que cambiarán profundamente esta situación y por cuya relevancia merece situarlos al mismo nivel que tuvo el invento de Guttenberg. Es lo que se conoce como Segunda revolución del libro.

Segunda Revolución del Libro.

Para comprender este proceso, es necesario tener en cuenta la coexistencia de al menos tres factores que se condicionan mutuamente. En primer lugar, la rápida evolución de los procesos de impresión a principios del siglo XIX que permitió una mayor productividad que repercutía en el segundo de los factores: una mayor presencia del impreso y de la letra en la vida cotidiana. Esta presencia, a su vez, acaba implicando una mayor demanda de letra impresa que se satisface mediante innovaciones que permiten multiplicar la oferta de impresos.

Al principio de este proceso esté seguramente la invención de la prensa Stanhope en 1795. Las limitaciones de la prensa de madera – recordemos que las técnicas tipográficas del quinientos seguirán siendo válidas aún en el ochocientos¹⁸ – imponían una producción máxima de unas 250 hojas por hora¹⁹. La prensa de Lord Stanhope, por su parte, al ser de hierro colado, reducía la fuerza física necesaria para moverla, lo que se traducía en un notable aumento de la producción: 480 hojas por hora, prácticamente el doble. Apenas quince años más tarde, Friedrich König, y Andreas F. Bauer, 1810 desarrollan una prensa automática movida por vapor que sólo precisaba de alimentación manual a la que van añadiendo innovaciones en los años posteriores. En 1812, la prensa imprime ya 800 hojas por hora; en 1813, son 1100, en 1814, 2000 y en 1818, en menos de una década, se ha llegado a 2400 hojas por hora.

¹⁶ Gaspar Melchor de Jovellanos, Tratado teórico-práctico de enseñanza, Biblioteca de Autores Españoles, t.46, 1858-1956, pp.230-267, aquí p.250.

¹⁷ Pablo de Olavide, Plan de Estudios para la Universidad de Sevilla, Estudio preliminar de F.Aguilar PInyal, BCN, 1969, p.92

¹⁸ "Ciò que dirò della tecnica tipografica cinquecentesca è generalmente valid anche per il Seicento, per il Settecento e, con certe modifìce, per la prima metà del Ottocento" Fahy, Conon: "Introduzione alla bibliografia testuale ", en: C. Fahy (ed.): Saggi di bibliografia testuale. Padova, Editrice Antenore, pp.33-63., la cita en p.37.

¹⁹ Hans-Jürgen Wolf: Geschichte der Druckpressen, Interprint, Frankfurt/Main 1974.

La distribución geográfica de estas prensas fue desigual. A España llegaron bastante tarde. Al parecer, la primera prensa Stanhope no funcionó hasta 1828, cuando se introdujo una en Barcelona. La prensa a vapor, por su parte, aparece también por primera vez en Barcelona, pero en 1855. Ello no impidió, con todo, que la evolución de la producción editorial a lo largo del siglo fuera notable. En las décadas que van de 1820 a 1840 se publican de media unos 300 o 350 libros al año; a finales de siglo, la media anual es de más de 1300 libros. Algo parecido ocurre con las tiradas: si a principios de siglo lo normal es una tirada media de unos 500 ejemplares, a finales de siglo las novelas de Galdós alcanzan ya 4000 ejemplares. Y todo esto sin contar la revolución que supuso la prensa, es decir, los periódicos, ni tampoco la inmensa cantidad de impresos más efímeros, como pliegos sueltos, que seguían siendo la principal ocupación de muchas prensas. La letra impresa estaba cada vez más presente en la vida cotidiana: pensemos solamente que es el momento en el que aparecen en la vida pública los carteles en el sentido moderno.

Se repite entonces una situación que ya conocemos: atendiendo a los datos disponibles de alfabetización, la disponibilidad del impreso supera, en mucho, la capacidad de absorción. En 1841, solamente el 24,2% de la población estaba alfabetizada. En veinte años, además, esta cifra solamente se logró incrementar en un 0,2%, siendo el dato más significativo el aumento de un 4,7% de las mujeres alfabetizadas. Aún en 1887, según el censo oficial, sólo el 28,5% de la población española constaba como alfabetizada, lo que arroja un porcentaje de analfabetos que ronda el 70 ó 75%²⁰.

Una vez más, la respuesta no es *quién* consumía esos productos, sino *cómo* se consumían. Volvemos al principio: hemos de hablar, una vez más, de las prácticas de apropiación.

Prácticas de apropiación en el siglo XIX.

La mayor parte de estos alfabetizados no sabía *leer* en el sentido que hoy le damos al verbo; al contrario, al enfrentarnos a la lectura durante el siglo XIX, como dice Jean François Botrel:

"hemos de pensar que lo que hoy nos parece la lectura más eficaz o sea : la extensiva, rápida, individual y solitaria y casi siempre silenciosa no fue la forma de leer dominante y que es preciso privilegiar una lectura intensiva, ordenada, colectiva (con una presencia a

²⁰ Tomo los datos de Vinao, Antonio: "Liberalismo, alfabetización y primeras letras (Siglo XIX)", *Bulletín Hispanique*, 100, 2, 1998, pp. 531-560.

menudo frontal y autoritaria a través del maestro, del clérigo, del padre o de la madre de familia o de cualquier lector, pero también una posible mutualización), una lectura, por consiguiente, oralizada, desde la lectura comunicativa en alta voz hasta la práctica egocentrada de la subvocalización"²¹

También ahora nos enfrentamos a una serie de prácticas de apropiación del impreso diferentes a la tipográfica – la dominante en la actualidad – que van desde la lectura preferentemente visual de materiales escritovisuales hasta las diversas formas de lectura colectiva, oír-leer como forma de apropiación (recordemos por ejemplo que Fortunata conoce *La Dama de las Camelias*, de "haberla oído leer" o también las lecturas en voz alta en los talleres o las fábricas de tabaco, gracias a lo cual hoy hay cigarros que se llaman *Conde de Montecristo* o *Romeo y Julieta*) Toda esta diversidad de prácticas de apropiación permite así que, pese a los bajos grados de alfabetización, amplios sectores de la población tengan acceso a estos materiales.

Esta situación, sin embargo, agudiza en extremo una tensión latente: como hemos podido ver, durante muchos siglos, el libro, como objeto material, fue uno de los principales objetos culturales empleados por las élites y grupos de poder para definir su propia identidad. Tengamos en cuenta, sin ir más lejos, que en la Francia dieciochesca "las bibliotecas privadas [...] eran tesoros familiares conservados y ampliados de generación en generación y los libros que contenían eran tanto símbolos de posición social como atavío elegante y buen porte"²². El pueblo, por su parte, no tiene libros. Hemos hablado de pliegos sueltos, de folletos, de estampas; pero incluso lo que en Francia se denomina *livre populaire* pertenece más a la categoría de *menudencias de imprenta* que a lo que las élites conciben como libro.

A mitad del XIX, sin embargo, esta situación ha cambiado a causa de la disponibilidad cada vez mayor del libro y el impreso. Esto provoca que el sistema editorial desarrolle cada vez más una serie de estrategias editoriales con el objetivo de posibilitar las prácticas de apropiación de cada uno de los grupos. Una de las primeras estrategias fue el aumento de la carga simbólica de los libros a fin que resultaran a un tiempo asequibles y portadores de estatus. La publicidad que encontramos en las revistas

²¹ Botrel, Jean Francois: "Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer", *Bulletin Hispanique*, 100, 2, 1998, pp. 577-590., p.578

²² Manguel, Alberto: Una historia de la lectura. Madrid: Alianza. Fundación Sánchez Ruipérez, 1998., p.273. Y, ya puestos, recordemos el valor que sigue teniendo aún hoy fotografiarse frente a una pared llena de libros.

especial hincapié precisamente en el "lujo" "excesivo" "inusitado" "distinguido" de los productos²³. Esto se ve también perfectamente en un fenómeno característico de la época: la aparición de dos tipos distintos de ediciones paralelas o casi paralelas, uno que llamaríamos "de lujo", y otra "normal", con peor papel, tipos desgastados y mala tinta. La edición de lujo tiene como objetivo seguir satisfaciendo las necesidades elitarias de objetos culturales aun cuando la creciente disponibilidad del libro reduce para estos grupos el valor simbólico de su posesión; el otro tipo de edición, la "normal", viene a cubrir por su parte una de las principales prácticas de apropiación que se dan en esta época y que aún no hemos mencionado: la apropiación en sí misma, es decir, la apropiación del objeto con la posesión como fin. Así, en 1843 *Los españoles pintados por sí mismos* (ppt) sale al mercado por un precio de 200 reales; ocho años más tarde, en 1851, aparece la versión barata (ppt), por solo 20. El libro ha cambiado: de 1001 páginas se ha pasado a 382, a costa de reducir los tipos y apretar el texto en dos columnas, además de introducir láminas reducidas²⁴. Como puede verse, estas dos columnas no están hechas para leer: de lo que se trata es de *poseer* el libro. Por este mismo principio se explica la aparición de colecciones, bibliotecas, pero también publicaciones por entregas que, una vez juntas, en forma de libro o de colección, pasaban a formar parte del capital simbólico de quien lo tuviera.

Los productos editoriales pensados para esos nuevos destinatarios reúnen también una serie de características visuales e incluso poetológicas que los unifican. Además de la ya mencionada escasa calidad – solo así se podía mantener el precio –, estos productos editoriales suelen ser breves y fragmentarios. Lo primero podría explicarse por las ya mencionadas prácticas, pero el fragmentarismo sí parece remitir ya a verdaderas prácticas de lectura, una lectura más intensa que extensa, una lectura que precisa de capítulos, de escenas breves, de núcleos independientes²⁵. A su vez, estas unidades suelen ir acompañadas de elementos icónicos – principalmente ilustraciones – que sustentan y apoyan la lectura. Incluso el blanco de la página, los tipos mayores o menores y la distribución de los espacios, está pensada para otro público. Basta comparar una edición romántica como la de las *Noches lúgubres* de Cadalso hecha en Barcelona por Piferrer (1818) en un formato menor con una novela de Ayguals de Izco en cuarto mayor,

²³ Vid. Botrel, J.F., Pueblo y literatura: España, Siglo XIX, en Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid 6-11 de julio de 1998 / coord. por Florencio Sevilla Arroyo, Carlos Alvar Ezquerro, Vol. 2, 2000, , págs. 49-66

²⁴ Vid. Botrel, Jean Francois: "Producción y difusión del libro ", en: G. Carnero & V. García de la Concha (ed.): Siglo XIX ; (I). Madrid, Espasa Calpe, pp.18-42.

²⁵ Un tipo de lectura que, aún hoy, sigue asociándose a una lectura de recreo Cf. Manguel, Alberto, Llega la hora de leer sin reloj, en El País, 12 de Julio del 2014.

como *Pobres y ricos* para ver que están concebidas para distintas prácticas de lectura²⁶.

El pueblo y los libros

Llegados a este punto, debe plantearse la pregunta: ¿quién es este pueblo?, ¿a quién se dirige toda esta producción impresa? Este pueblo ya no es el pueblo del que hemos hablado unas páginas atrás. Es un pueblo distinto, un pueblo que tiene poco que ver con la idea romántica y que está mucho más cercano al público y a la masa.

En junio de 1836, meses antes de suicidarse, Larra publica en un periódico una reseña del drama *Anthony*, de Dumas y en ella se pregunta dónde está y quién es el pueblo. Según él, en España existen en esos momentos tres pueblos distintos: las clases más bajas, "una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta", una clase media "que se ilustra lentamente y que empieza a tener necesidades" y finalmente una clase privilegiada, pero poco numerosa. Al final, se llega a la conclusión de que el escritor solo puede escribir para la segunda. Las dudas no son nuevas. Años antes, en 1832, Larra había publicado un artículo titulado ¿Quién es el público?, donde se preguntaba si "Esa voz «público», que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, o es un ente real y efectivo?". Probablemente, para Larra – sin que él lo sepa – pueblo y público significan ya lo mismo.

Veinte años después, en cualquier caso, el cambio parece haberse producido y la literatura entiende ya por "pueblo" a una clase media cada vez más numerosa. En *El palacio de los crímenes*, de 1855, Ayguals de Izco afirma escribir para el "inteligente, trabajador, virtuoso y heroico pueblo"²⁷, pero matiza: "escribimos para que nos entienda *todo el mundo*, como naturalmente es de desear, y no envidiamos el talento de los que saben hacerse incomprensibles"²⁸. Del mismo modo, una autora como Pilar de Sinués se muestra orgullosa al comentar que una novela suya, Rosa, la ha visto en posesión "del pobre artesano, en el tocador de la elegante dama, en

²⁶ Por lo demás, este tipo de libros e impresos "populares" remedan al libro canónico, si bien nunca faltan detalles significativos que lo sitúan en su concreta posición. Así, por dar solo un ejemplo, a lo largo del XIX, puede verse como se produce una inversión en la relación tipográfica entre título y autor. Si a mediados de siglo el título prevalece sobre el autor, la creciente importancia del escritor y su nueva función social hacen que estos términos se inviertan a finales de siglo. En las colecciones populares, sin embargo, la preeminencia del título por encima del autor es una característica que se mantiene. Vgl. Botrel, Pueblo y literatura, op.cit.

²⁷ (p.581), en la edición de 1869.

²⁸ II, p.601, p.742 en la primera edición, de 1855.

el pupitre del respetable padre de familia, en la cocina del campesino y en la humilde habitación del virtuoso eclesiástico"²⁹.

En esta resemantización se halla la base de la complejidad polisémica que aún hoy ofrece el término *popular*. Ella implica también una redistribución de los atributos de los actores participantes y por tanto, nuevos procesos de construcción y constitución de identidad colectiva, tanto para las clases populares como para las élites³⁰. Pero estos procesos tendrán ya lugar de pleno en el siglo XX³¹, donde el pueblo ya tiene libros.

²⁹ El ángel del hogar, I, 6, p.114.

³⁰ Pierre Bordieu recuerda que a partir de Flaubert, la historia de la novela puede describirse como un largo proceso de "eliminación de lo novelesco", es decir, de todo aquello que le es propio, como trama, intriga y héroes: "Die Geschichte des Romans kann mindestens seit Flaubert auch als eine lange Arbeit an der Aufgabe beschrieben werden, 'das Romanhafte zu töten', wie Edmond de Goncourt sagte, das heißt, den Roman von all dem zu reinigen, was ihm eigen scheint, die Intrige, die Handlung, der Held" (Bourdieu, Pierre: Die Regeln der Kunst. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1999. S.381)

³¹ A principios de siglo aún se habla del pueblo-público como "personificación de algo abstracto y difuso a la vez, abstracción de lo real y lo concreto; fuerza avasalladora y energía inconsistente, claro-oscuro de matices indefinidos y de tonos muy acentuados..." (Urbano González Serrano, La literatura del día (1900-1903), Barcelona, Imprenta de Henrich y Cia., p.63.